

» parte del territorio lusitano; que sin pretender
» violentar acerca de este cambio la voluntad de
» S. M. C., deseaba el emperador vivamente obte-
» ner su conformidad, y que obtenida ésta, se pro-
» cediese sin mas dilacion á realizar aquel trueque
» y á asegurarle por un tratado; no debiéndose per-
» der de vista de que mas adelante (lo que Dios no
» permitiese) una complicacion imprevista de acon-
» tecimientos podia obligar á S. M. el emperador á
» cimentar la seguridad de la Francia, por nuestro la-
» do, sobre la posesion de las mismas provincias, sin
» tener á su mano pais alguno que volver á España
» en cambio de ellas; que la política de S. M. I. se
» extendia no menos á las cosas posibles en lo veni-
» dero, que á las reales y presentes, sirviéndole de
» regla las pasadas; que España no habia sido en to-
» dos tiempos amiga de la Francia, y que la histo-
» ria la representaba con mayor frecuencia, ora co-
» mo vecina indiferente y desdeñosa, ora como ri-
» val, ora como enemiga encarnizada con odio he-
» reditario; que la revolucion francesa habia corta-
» do los lazos de familia que durante un siglo ha-
» bian unido mas ó menos fuertemente á entrambas
» dos potencias, y que faltando aquellos lazos, si
» bien España, por su posicion geográfica y por su
» propia conveniencia, debia ser amiga, compañera
» y asociada eterna de la Francia, no por esto debia
» contarse fuese siempre consiguiente á este sistema
» y no lo abandonára como tantas veces se habia vis-

» to; que aspirando S. M. á hacer durables á prue-
» ba de los tiempos las bases del imperio que tenia
» fundado, ó por mejor decir restablecido de lo an-
» tigo, no debería extrañar S. M. C. la indicacion
» que le era hecha, tanto menos cuanto al hacerla,
» y desear poner una barrera mas á sus estados en
» los confines de la España, como otras veces lo tu-
» vieron, ofrecia á ésta un nuevo reino, la libraba
» de una frontera perniciosa, y quitaba á sus ene-
» migos un pie á tierra que tenian en contra de ella,
» siempre abierto, desde el Miño hasta el Guadiana.

« 16.^a Que aun extendidas y afirmadas de este
» modo contra todo evento las fronteras de la Fran-
» cia y de la España, S. M. no miraria como una
» cosa indiferente cualquiera alteracion ó turbulen-
» cia que el maquiavelismo ingles siguiese promo-
» viendo entre nosotros, ninguna suerte de atentado
» que amenguase en lo mas mínimo la dignidad y
» los respetos de su aliado Cárlos IV; que éste debia
» contar con todo el lleno de las fuerzas del imperio
» contra cualquiera alevosía, de donde quiera que
» emanase, contra su autoridad y sus derechos so-
» beranos; que el emperador no estaba al cabo to-
» davía de los sucesos lamentables que turbaron la
» paz de su familia, y deseaba cerciorarse acerca de
» ellos para prestarse ó no prestarse á la alianza de
» familia comenzada á apalabrarse entre ambas ma-
» gestades; que el emperador no asentiria definiti-
» vamente á tal enlace sin hallarse asegurado de que

» el príncipe de Asturias hubiese merecido la indul-
» gencia de su padre y soberano, perseverando en-
» teramente en su obediencia y su respeto; que
» siendo de otro modo, no tan solo se negaria á in-
» troducirle en su familia, sino que mostraria muy
» grande complacencia en que S. M. le separase de
» su derecho al trono, y se pensase en otro de sus
» hijos para el enlace proyectado y para sucederle
» en la corona, bien consultado este negocio y deci-
» dido por comun acuerdo de S. M. y el rey católi-
» co, siendo la Francia grandemente interesada en
» que el príncipe heredero le sea grato y continúe
» sinceramente la alianza de los dos estados.

« 17.^a Que en la perfecta asociacion de toda
» suerte de intereses que el emperador queria fun-
» dar entre las dos naciones, su intencion era pedir
» al rey católico que se llevase en fin á efecto la ce-
» lebracion de un buen tratado de comercio, en el
» que todo fuese igual entre las dos potencias en to-
» dos sus estados y dominios de acá y de allende de
» los mares.

« 18.^a Y que por última medida, en la prose-
» cucion de la gran obra de conquistar la paz marí-
» tima, y de hacer sólida y durable la de todo el
» continente, se procediese á renovar, de una ma-
» nera mas expresa y mas completa, la alianza entre
» las dos potencias, bajo la doble cualidad de ofen-
» siva y defensiva, no limitada solamente contra los
» comunes enemigos de una y otra, como hasta en-

»tonces lo había sido, sino perfecta y absoluta con-
»tra cualquiera que lo fuese de una de ellas, aun
»cuando no lo fuese de la otra; un pacto equivalen-
»te al viejo pacto de familia que corrió otras veces
»entre las dos coronas, y aun mas perfecto todavía,
»cual requerian los tiempos, la obstinacion de la
»Inglaterra, y el interés preponderante de S. M. C.
»en la extension inmensa de sus dominios de las
»Indias.»

Hasta aquí las especies y cuestiones de aquella
rara nota, la cual finalizaba de este modo: «La
»lealtad, la sinceridad y la franqueza que dirigen
»siempre la conducta de S. M. I. con sus amigos y
»aliados, le han hecho *anticipar* á S. M. C. estas
»explicaciones confidenciales de sus actos y sus pen-
»samientos y designios, segun los cuales desearia el
»emperador arreglar y consolidar para siempre, con
»recíproca utilidad, las relaciones de la Francia y
»de la España; añadiendo acerca de esto, que la
»presente actualidad ofrece una verdadera estrechez
»de circunstancias imposibles de superar, mientras
»que no se tomen de una y otra parte resoluciones
»prontas y definitivas, tanto mas urgentes, cuanto
»mas graves y penosos habrian de ser los resultados
»de cualquiera especie de trastorno que pudiese
»ocurrir en España y alterar sus relaciones con la
»Francia.»

Los que defendiendo en todo caso, á diestro y
á siniestro, la política invasora del emperador de

los franceses, no han dudado decir, que por el año 1808, despues de tantas coaliciones enemigas sufridas por la Francia y prontas siempre á renovarse, no estaba ya en el caso esta potencia de tener respeto á las fronteras naturales de las demas naciones, y que en circunstancias extremadas no hay mas justicia que la conveniencia y el poder de un grande estado que se forma cuya existencia es mal mirada y se disputa tenazmente, no podrán menos de encontrar maravilloso el documento precedente que por tanto tiempo se ha ignorado y que faltaba todavía á la historia (1). Y yo diré tambien que es de admirar la sutileza, el arte, la solercia,

(1) Un escritor frances, muy moderno y muy estimado por sus talentos diplomáticos, á propósito del empeño que mostró Napoleon por agregar al imperio frances las provincias de España contenidas entre el Ebro y los Pirineos, acaba de dar á la estampa lo siguiente: « Ce » que nous blâmons dans cette idée de Napoleon, ce n'est » pas de vouloir abattre la barrière des Pyrénées. En » 1808, on n'en est plus á la question de frontières na- » turelles. Dés long-temps les coalitions européennes ont » obligé la France à les dépasser et à prendre pied chez » ses ennemis. Du côté de l'Italie, elle a gardé le Piémont. » Sur le Rhin, elle est maîtresse de Kelh, de Cassel et de » Wesel. Puisqu'elle a dû, pour sa sûreté, tenir dans ses » mains les clefs de l'Italie et de l'Allemagne, pourquoi » ne prendrait-elle pas la même précaution à l'égard du » gouvernement espagnol, surtout après que ce gouverne- » ment, qui a voulu se tourner contre elle, n'en a été em- » pêché que par des événements inouïs, sur le renouvelle- » ment desquels on ne peut pas toujours compter? » Yo

el desahogo y el descaro heróico con que allí es visto producirse y paliarse tan desmedidas pretensiones que en él se encuentran contenidas. Mas los que piensan de aquel modo consagrarían un grande error, el mas funesto contra la independencía de los pueblos y contra la existencia de nacion de cada uno, que es el primero de los bienes y el gran sagrado en la política. La Inglaterra tenia el tridente de los mares, y se le disputaba por la Francia y por sus aliados; luego aquella tenia derecho de atacar en plena paz cualquier marina que en un caso inesperado y no probable podría vol-

no pensaré que haya muchos publicistas que adopten el principio asentado por este escritor, cuando deja entender ó inferir, que por asegurar un soberano sus estados, le sea lícito apoderarse de las provincias fronterizas de sus vecinos sin mas motivo que el de ser ó parecerle sospechosos. Cuanto á los dos casos que cita en las fronteras de Italia y Alemania, cualquiera verá que la Francia obtuvo aquellas dos llaves por el derecho de conquista en guerra peleada de una y otra parte. El caso de la España no es el mismo. Si Napoleon tuvo motivo de quejarse de nosotros año y medio antes, despues mostróse satisfecho, habia estrechado nuevamente su amistad con Cárlos IV, y acababa de garantir á su corona *todos sus estados de Europa al mediodia de los Pirineos* por el artículo XI del tratado de Fontainebleau, puesto en ejecucion y observado todavía por nosotros en aquella misma actualidad en que él lo quebrantaba, inundándonos con sus tropas sin consentimiento nuestro, y sorprendiendo baja y deslealmente nuestras plazas fronterizas.

vérsese enemiga, y de abrasar por tanto á Copenhague, y de tomar á Dinamarca sus escuadras y arsenales, por mas que esta nacion le hubiese sido inofensiva. ¡ Hasta qué extremo podrian ir las consecuencias de esta política barbárica, y hasta qué punto tan subido de felonía y perfidia fué llevada por el emperador de los franceses! Porque España podria volverse en algun tiempo su enemiga, era forzoso arrebatarle sus fronteras naturales: porque probar á hacerlo con las armas le podia empeñar en una guerra porfiada, á esta nacion amiga y generosa es necesario darle confianza y aumentarla por medio de un tratado en que le garantiza todos sus dominios de la Europa, y entrar bajo la capa de amistad y de alianza, y henchir el reino de sus tropas, y sorprender sus plazas *bajo el pretexto de amistad por no romperla*, y cuando le parezca estar seguro demandarle sus provincias fronterizas, la peticion envuelta en amenazas (1). Y no se diga, por cubrirlo, que nos daba en cambio el Portugal

(1) Si hubiera alguno que negase que temió la guerra, y prefirió la deslealtad y las traiciones para abarcar la España, le remitiré á las famosas instrucciones, citadas ya otra vez, en que decia á Murat: *C'est à la politique et aux négociations qu'il appartient de décider des destinées de l'Espagne.... L'armée évitera toute rencontre, soit avec les corps de l'armée espagnole, soit avec des détachements: il ne faut pas que d'aucun côté il soit brûlé une amorce.... SI LA GUERRE S'ALLEUMAIT, TOUT SERAIT PERDU.*

entero. La ocupacion del Portugal no fué conquista, el Portugal no era de nadie, ni aquel reino podia ser ni era otra cosa que un depósito hasta las paces generales, imposibles estas de obtenerse y de cumplirse, mientras á cada parte intervenida, ó despojada, no se le reintegrase en sus dominios. Fuera de que, por otro lado, ¿dónde tenia derecho Cárlos IV para hacer cambios de sus pueblos, ni qué podia valer el Portugal para la España, comparado con las provincias trans-íberas, ó quién era el impío que consintiera, para hacer mas seguras las fronteras de la Francia, derribar las nuestras y dejarle abiertas nuestras puertas?

Me alargaria infinito si me quisiese detener á hacer comentarios de aquel raro memorial de especies y cuestiones que ha sido referido. El solo juicio natural de todo hombre que piense imparcialmente y no conozca por legítimo derecho el de la fuerza, hará justicia de ellas y les encontrará tan solo un triste mérito, muy estimado ciertamente en diplomacia, que es de saber mentir á pulso quieto con frente imperturbable, y dar un colorido de razon y conveniencia aun á las cosas mas injustas y mas desbaratadas. Apláudalo quien quiera; me quejaré tan solo de una cosa, y es de ver disculpada por un gran número de autores, y aun presentada por algunos con elogio, la bajeza ó la traicion, ó la menguada timidez de tantos hombres eminentes que en Milan, en Roma, en Génova, en Suiza, en la Ho-

landa, en Alemania, en tantas otras partes, se doblaron á esta especie de prescripciones imperiales dadas por bajo mano, con que el emperador de los franceses les hacia llegar de hinojos y presentarle sus estados y encartárselos, aquí con título de rey, allí como provincias del imperio, acá para enfeudarlos en cabeza de algun hermano ó deudo suyo, allá para rendirle su obediencia bajo el título perpetuo de mediador de la república, acullá para hacerle tributarios como á su protector ó suzerano; tantos modos de imperio y vasallage, cuantos quiso, tantos cambios de almas y de estados, cuantos viniéranle á las mientes; ver que estos escritores de quien hablo no tachan á ninguno de tantos personages que corrieron á las plantas de aquel hombre poderoso desnaturalizando sus paises, entregando su pátria enteramente, ó desmembrando sus dominios, ó haciendo de ellos homenaje; y que la España de aquel tiempo sea el pais precisamente á quien han prodigado los dicitrios, ya de gabinete endeble y siervo de la Francia, ya de rey fláco y descuidado á Cárlos IV, y á mí, de hombre acatador de Bonaparte, siendo el solo pais donde se puso mayor tasa á sus designios desmedidos, donde encontró constantemente resistencia á cuantas pretensiones intentó que no cuadrasen con el decoro y dignidad de una nacion independiente, donde mientras ciñera su corona Cárlos IV y no la derribaran los traidores, aun circuido, cual se vió, alevosamente por

las huestes del imperio, supo negar y resolverse á la defensa de su honor y sus estados, fiando en su justicia y en sus pueblos. La historia no se escribe imparcialmente hasta pasados muchos años, cuando ya han muerto las pasiones que anublaban la verdad de los sucesos: este importante plazo, si aun no ha llegado, va llegando. Vuelvo otra vez al hilo de los hechos.

El rey mandó leer segunda vez á don Eugenio Izquierdo aquel papel que habia traído, y preguntóle luego cuál era su opinion sobre las verdaderas intenciones del emperador de los franceses, lo que habria oido acerca de esto en los salones de la corte, y las observaciones y noticias que habria podido recoger de sus amigos. Izquierdo respondió á su magestad, que en su manera de pensar, por lo que habia entendido y observado tan adentro cuanto le fué posible penetrar entre las sombras de que Napoleon se rodeaba, habia dos cosas ciertas é indudables, una de ellas el ansia de adquirir para el imperio nuestras provincias fronterizas; otra, la de allanarnos como tenia allanadas tantas otras cortes de la Europa haciéndolas servir á sus designios y á sus guerras con el título de amigos y aliados, y manteniendo á su costilla una gran parte de sus tropas bajo toda suerte de pretextos; que una persona muy cercana por su posicion á los secretos, y Español leal de todas veras cual lo era don José Martinez de Hervas, cuñado del mariscal Duroc, le

habia afirmado que tenia por imposible se atreviese Bonaparte á tantear en derechura el trono de la España mientras lo ocupase su magestad reinante; mas que era de temer que el postrer plazo á su ambicion y á sus deseos mal recatados de abismar las dinastías borbónicas, pudiera ser el dia funesto en que su magestad faltase; que tenia el emperador muy mala idea del príncipe de Asturias, por mas que le escribiese en favor suyo, cual lo hacia frecuentemente, Mr. de Beauharnais; que aun esto asi, nadie podria fiar de que no hiciese ó no probase á hacer del jóven príncipe un instrumento á sus designios si le negase el rey, cual le debia negar, las desmedidas pretensiones que mostraba; que de una sola cosa, en su concepto, debia pender el salir bien de aquella crisis, que era de la estrecha union del príncipe de Asturias con su augusto padre; que tenida esta union, sin resistir con otras armas al emperador que las que daba al rey, su razon y su justicia á vista y á presencia de la Europa, podrian muy bien ser eludidas las pretensiones hechas, ó á lo menos las mas graves y las del todo incompatibles con el honor de la corona y con la integridad de sus dominios; que se debia cuidar en gran manera de agasajar las tropas imperiales, y de evitar encuentros de paisanos y franceses con que el emperador pudiese hallar pretextos para fundar un rompimiento; que se debia mostrar muy grande confianza en su

amistad para tenerle á raya; pero que en todo caso de acercarse tropas á las reales residencias, ó intentar esparcirse por el reino en todas direcciones, su magestad debia salvar su soberana dignidad é independencia en posicion segura, y no fiar de modo alguno ni en palabras, ni en protextas, ni en visitas de amistad, porque despues de todo se trataba de un hombre poderoso, y antojadizo y caprichudo mas que nunca en sus proyectos gigantescos. Izquierdo se agregaba enteramente á la opinion de Hervas, y sobre todo acerca del gran riesgo que podria traer la desunion del príncipe de Asturias, si sus amigos encubiertos y los agentes de la Francia lograban pervertirle, siendo su juicio que el emperador hacia seguir constantemente á su cuñado el juego de esta grande intriga y preparar un nuevo rompimiento, para venir despues á dar la ley en calidad de medianero. En cuanto á las especies y rumores esparcidos en Paris entre las altas clases mas inmediatas al gobierno y á la corte, aseguraba Izquierdo prevalecer la idea, con muy pocas excepciones, de que el emperador se interesaba grandemente por el príncipe de Asturias, y que si hacia el viage proyectado á nuestra corte, seria probablemente en favor suyo. Izquierdo sospechaba que esta especie era echadiza y arrojada adrede en las tertulias para cebar las esperanzas de los que conspiraban en España en calidad de Fernandistas, algunos de los cuales se decia que mante-

nian correspondencia muy seguida con no pocos personages de segundo ó tercer órden del imperio. En estas mismas fuentes, añaadia, que el príncipe de Maserano, nuestro embajador en Francia, recogia las nuevas que repartia despues á cuantos iban á su casa, sirviendo de instrumento, sin pensarlo, para hacer mas seguros los engaños que trastornaban en España las cabezas.

Tales fueron en suma los informes y noticias que dió Izquierdo. Y he aquí ya del todo á manifesto la inevitable alternativa en que se vió encerrado Cárlos IV, ó de prestarse á los deseos de Bonaparte, deseos que en aquel hombre eran equivalentes á mandatos, ó correr el peligro de una guerra, tanto mas azarosa, quanto podia mezclarse con una guerra interna en que se diesen mano las tropas imperiales, y los que con el nombre de Fernando dividian los ánimos, y se creian y propalaban que venian en favor suyo aquellas tropas. Si aquel buen rey, tan olvidado hoy dia, tan poco conocido, tan maltratado en las historias que se han hecho hasta el presente, hubiera sido un rey vulgar, sin dignidad en sus ideas, sin magestad en su carácter, sin amor á sus pueblos, sin otro amor que de sí mismo, sin mas pasion que su violin y su escopeta, tantas cosas que han sido dichas como estas y que no acierto á referirlas; si hubiera sido, digo, un rey vulgar cual le han pintado las pasiones de una cábala enemiga, cual le han herido con sus

plumas un cierto número de ingratos, hubiera recibido y apretado con la suya la mano poderosa que Bonaparte le alargaba, y hubiese asegurado su corona, al menos de por vida, destruido ó acallado aquel partido que se la estaba amenazando; y hubiera, como tantos otros lo habían hecho, trocado cual rebaños una parte de sus pueblos, y hubiera sometido los que le quedaban á la íntima alianza y sociedad de guerra que pretendia Napoleon, y á que se habían prestado ya de antes tantos pueblos y tantos soberanos de la Europa; y habria quedado libre, en paz para sus cazas; y ciertamente habria contado para reinar y vegetar sin mas zozobra con el brazo diamantino de su amigo y aliado. Los que engañaron á su hijo no habían pensado de otra suerte. Llevándole á Bayona para afirmar allí la usurpacion con el favor de Bonaparte (¡ el mismo Escoiquiz lo ha contado llanamente, y le ha servido de defensa (1)!) marchaban consentidos en que cediendo á Bonaparte las provincias fronterizas y conviniendo en la alianza defensiva y ofensiva que tenia indicada, no tardaria en reconocerle rey de España, con mas las bodas imperiales. Tal fué, ó Españoles, la concesion que reputaron por de bajo precio para sus intentos aquellos hombres desleales; abandonar y separar del gremio de la patria dos

(1) En su *Idea sencilla*, pág. 25, 38 y 39.



millones lo menos de heróicos hijos suyos, de brazos industriosos, de ciudadanos fieles tan adictos á aquella comun madre, tan celosos y tan amantes de su independenciam y de sus reyes, como despues fué visto! No así aquel rey desamparado á quien quitaron luego su corona, ni su infeliz ministro, ó consejero, ó su valido, que aquí no importa el nombre que le diere cada uno; en su mano tuvieron uno y otro la aceptación de aquel mercado, y aceptándole habrían podido sostenerse contra traidores y rebeldes con las fuerzas mismas que ellos decían venir en favor suyo. Nó, nó, jamas reinar bajo el amparo de fuerzas extrangeras; perder mas bien la real diadema que guardarla á un precio deshonoroso, guardar el caro nombre de Españoles, tanpreciado, hasta á los mas pequeños de sus súbditos, apellidarlos noblemente, decirles su peligro, ponerse á su cabeza armado del escudo de su razon y su justicia, cumplir este deber de soberano hasta el postrer extremo, luchar, morir por ellos y con ellos primero que ponerlos ó dejarlos voluntariamente bajo un yugo no querido como á un pueblo de conquista, guardar en fin su juramento contraido con sus pueblos y batallar hasta la muerte por no desengarzar ninguna joya de la corona recibida mientras le fuese dado en fuerza humana conservarla, he aquí los sentimientos de aquel rey y aquel ministro tan alevosamente derrocados por los que fueron luego en derechura y libremente con

el rey de su eleccion á presentar el plato deseado á Bonaparte.

Nunca ví tan resuelto á Cárlos IV á mis consejos y á la partida deseada, como le hallé despues de aquella larga y grave escena. En cuanto á la respuesta, dióla el rey mismo á Izquierdo de propia inspiracion, noble, firme y bien sentida, si bien llena de miramientos y cordura cual requerrían las circunstancias. Debía decir Izquierdo, que el rey de las Españas, fiel al tratado hecho sin retractarlo en cosa alguna, y fiel á su amistad con el emperador de los franceses, se encontraba pronto á reapretar aquellos lazos de amistad en cuanto fuese compatible con el bienestar de sus vasallos y con el honor de su corona, sin indicar mas tasa en esto que la que el mismo emperador, en caso igual y en la grandeza de su ánimo, podría tener por necesaria y rigorosa con respecto á sus estados y á sus súbditos franceses;

Que en materia de confianza de S. M. C. con respecto á las sanas y leales intenciones de S. M. el emperador de los franceses, no podían ofrecerse mayores pruebas de las que el mismo emperador habia hecho por sí mismo, introduciendo en el pais un número de tropas por lo menos triplicado del que habia sido convenido, y viendo el agasajo y el afecto con que habian sido recibidas, por mas que el peso de ellas, superior á nuestras fuerzas y recursos, aumentase los apuros de

la real hacienda y el gravámen de los pueblos;

Que otro tanto se habia mostrado aquella confianza de S. M. C. sufriendo que las tropas imperiales hubiesen sorprendido dos de nuestras plazas sin preceder explicaciones de ninguna especie , y cual no es visto hacerse de ordinario ni aun al principio de una guerra que no ha sido declarada; acerca de lo cual , por mas irregular que pareciese esta conducta, habia bastado al rey para no conceptuarla como hostil, la perfecta seguridad que debian inspirarle la estrecha amistad y alianza que reinaba entre ambas dos potencias, y el artículo XI del reciente tratado de Fontainebleau en que el emperador se daba por garante á S. M. C. de la posesion de sus estados del continente de Europa al mediodia de los Pirineos ;

Que S. M. C. miraba aquel tratado como una obligacion la mas sagrada de una y otra parte, sin que hubiese sobrevenido despues ningun suceso ni circunstancia que pudiese quebrar , alterar ó enervar la fé y la union recíproca pactada ;

Que si despues de la campaña marítima de 1805, no se ocupó la España con la Francia en nuevas empresas y expediciones contra la Inglaterra , S. M. el emperador no podria menos de tener presente, lo primero, que entrambos gabinetes se pusieron de acuerdo por aquella época, en que aguardando mejor tiempo, cada cual de las dos potencias empleasen sus fuerzas, como mejor lo entendiese

cada una, en hostilizar á la Inglaterra, atacando de preferencia sus navíos mercantes, sus convoyes, sus avisos y sus bajeles destacados para reueros y remudas de sus apostaderos; lo segundo, que el gobierno de S. M. se vió entonces doblemente empeñado, ya en la atencion que requeria la defensa tan gloriosa que habian hecho nuestras Américas con tan grandes pérdidas del enemigo, ya en la necesidad de cubrir nuestras costas y las fronteras del Portugal contra cualquiera agresion que en nuestros estados del continente hubiese podido intentar la Inglaterra, mientras que el emperador se hallaba empeñado con todas sus fuerzas en la campaña de Polonia;

Que del aumento de fuerzas terrestres hecho por S. M. C. en sus dominios para tener en respeto á sus enemigos, mal podria quejarse el emperador, vista la largueza con que S. M. C., no obligado por algun tratado á asistir á la Francia en sus guerras del continente, le auxilió no obstante con la brillante division española que le fué enviada para reforzar el grande ejército, y cuya vuelta prometida, hecha las paces, se esperaba todavía;

Que aun no era tiempo de quejarse de que la escuadra española que habia zarpado de Cartagena no hubiese ya cumplido su destino, sabidas bien, cual lo eran, las dificultades que ofrecian los vientos en el Mediterráneo, y la continua y extremada vigilancia de los ingleses desde Cádiz hasta Malta;

Que en materia de relaciones mercantiles, la Francia estaba en posesion de ser tratada como la potencia mas amiga, y que el gobierno de S. M. se hallaba en estado de responder á toda queja que se le diese detallada, salvo el caso de alegar por queja que se hubiesen resistido y que se resistiesen las pretensiones desmedidas contra las leyes del pais que solian hacer los comerciantes y los cónsules, interpretando los convenios y las reglas admitidas entre las dos naciones, á su antojo;

Que en punto á contrabando, era notorio estar tomadas las medidas mas completas y eficaces que eran practicables en nuestros vastos litorales para cerrarle toda entrada, y que el buen efecto producido por la observancia de ellas era tambien notorio; que estas medidas, las mas de ellas preventivas, surtian mejor efecto que los rigores extremados sin arruinar por medio de ellos las familias;

Que á propósito de los sucesos desagradables ocurridos en la corte pocos meses antes, cualquiera que hubiese podido ser la influencia extranjera y enemiga que los hubiese ocasionado, S. M. C. no creia que estrechadas las relaciones de la España y de la Francia tanto como lo estaban, y en tan perfecto acuerdo sus gobiernos, pudiese echar raiz ningun partido que fomentasen los ingleses; que S. M. debia contar con la perfecta enmienda, la obediencia y el afecto de su hijo primogénito; que en prueba de esto, y á fin tambien de que el emperador for-

mase idea cabal y exacta de aquellas ocurrencias, acerca de las cuales la malevolencia habia esparcido las mas extrañas falsedades, S. M. hacia llevar un fiel resúmen del proceso que se habia formado, y al cual estaba puesto fin enteramente; que en él veria el emperador los miramientos que se habian tenido conformemente á sus deseos en cuanto podia herir al honor de su enviado, y veria, á mas, las muestras mas sinceras del arrepentimiento de su hijo; que en tal estado de las cosas, de nada estaba tan distante S. M. C. que de resucitar estos asuntos, ni de tocar á los derechos de su hijo, rehabilitado en todos ellos por el perdon que le habia dado, y vuelto enteramente á su cariño y á su gracia (1).

En todo lo demas debia decir, que S. M. C. se hallaba persuadido de que el emperador debia fiar

(1) Al tenor con efecto de la enunciativa que contiene esta parte de la respuesta mandada dar, me entregó el rey la causa del Escorial que su magestad guardaba bajo llave, para que el consejero Izquierdo formase de ella un brevísimo resúmen, y que en pliego cerrado con real sello le hiciese llegar á manos del emperador, trabajo en el cual invirtió Izquierdo el corto tiempo que se detuvo en la corte. De aquí procedió que hallándose todavía aquella causa en mi papelera cuando pocos dias despues fué asaltada mi casa, hubiesen tomado mis enemigos un nuevo pretexto para acabar de persuadir á los incautos pueblos, que el proceso del Escorial no habia sido otra cosa que una maraña mia, haciendo luego colegir con su acostumbrada lógica que yo le conservaba en mi poder, ó para sepultarle si los sucesos se volvian

enteramente en su carácter personal y en tantas pruebas como le tenia dadas de su amistad sincera; que le sobraba confianza en la lealtad por excelencia que distinguia á sus pueblos para contar con ellos, sin temor de los partidos que intentaban suscitar en sus dominios sus enemigos exteriores, respondiendo acerca de esto por la nacion entera con igual certeza que respondiendo de sí mismo; que en cuanto al porvenir, este era un hijo del presente, y no podia dudarse que conciliados siempre en justas proporciones los intereses mútuos de las dos

en contra mia, ó para atacar segunda vez al príncipe preparando alguna nueva intriga que le hiciese parecer como culpable y reincidente. Tales voces que entonces se creyeron, no merecen hoy respuesta.

La idea de Cárlos IV de enviar aquel resúmen fué enteramente suya, y una medida muy al caso, puesto que en las *especies y cuestiones* se decia « que el emperador no estaba al cabo todavía de los sucesos lamentables que turbaban nuestra corte, y deseaba cerciorarse acerca de ellos.» Enviando aquel resúmen, sin que el emperador pudiese formar queja, se conseguia que viese por sus ojos en las declaraciones del príncipe de Asturias y de sus seductores, hasta qué punto fueron descubiertos los manejos del embajador Beauharnais, y cuanto fueron graves los motivos que el rey tuvo cuando le escribió la carta que le fué tan enojosa. Se conseguia tambien por aquel medio desmentir tantas falsedades y calumnias que corrieron y aun corrian en los salones de París sobre aquel proceso, salidas muchas de ellas de los mismos cuartos del emperador y de la amable y engañada Josefina, gracias á los informes y noticias de Beauharnais.

potencias , se afianzasen mas y mas los lazos que las habian unido un siglo entero ; que si el emperador hallaba todavía mas medios de estrecharlos y afirmarlos , bajo los mismos presupuestos de intereses mútuos y de iguales miramientos que aun sin las relaciones de familia habian guardado tan dichosamente España con la Francia , y Francia con la España desde la paz de Basilea , S. M. adoptaria de buena voluntad cualquier proposicion que se le hiciese encaminada á un fin tan importante ; mas que no hallando por su parte cosa alguna que añadir á los tratados hechos y vigentes , se limitaba á renovar su firme voluntad de vivir en paz segura con la Francia , de concurrir á cimentar aquella paz y á hacerla favorable de igual modo á entrambas dos naciones , y de luchar constantemente en proporcion debida con sus medios y recursos contra los comunes enemigos de una y otra ; que el emperador , en fin , dado el caso de que intentase demandar mas pruebas de amistad á S. M. C. , y añadir tratados nuevos á los hechos , no deberia extrañar que el rey se situase de tal modo que fuese visto disfrutar de libertad perfecta , no siendo cosa honrosa para los dos monarcas , si se dijese luego , como podria decirse , que el rey de España habia tratado bajo el yugo ó la obsesion de los ejércitos franceses.

Esta postrera cláusula fué puesta con dos fines , el primero de dejar ver á Bonaparte , que el rey no estaba ageno de sostener su dignidad , si pretendiese

aquel hacer abuso de su prepotencia; el segundo, porque su marcha al interior del reino no pudiera ser tenida ni por fuga ni por rompimiento, y que quedase siempre abierto algun camino para evitar la guerra. Era fundada la esperanza de que, dada esta respuesta, Napoleon cediese en sus intentos por no empeñarse en una lucha, en que aun triunfando (cosa no segura) habria perdido mas que nadie, por solo el deshonor y el desconcepto que le habria causado su conducta entre las demas naciones y entre sus propios aliados, donde ningun gobierno habria despues fiado en su palabra ni en su firma. Un solo manifiesto que el rey en libertad hubiera hecho á las demas potencias con inclusion del último tratado, hubiera producido muy mas pronto y con mas fuerza aquel terrible efecto que despues produjo el noble grito de la nacion entera, porque de ningun modo habria podido desmentir ni calumniar á Cárlos IV con quien habia tratado y á quien habia salido por garante de todos sus dominios en Europa; en vez que le fué facil por mas ó menos tiempo desmentir y calumniar á la nacion heróica que no tenia á su frente á aquel buen rey, y á la que atribuyó el delito, obra de pocos solamente, de haberle destronado, divulgándola en Francia y en Europa como un pueblo rebelado y entregado á la anarquía á discrecion de los ingleses.

La respuesta que dejo escrita fué llevada; pero aun me queda por contar una flaqueza, que por tal

la tuve siempre, de mi amor y mi obediencia á aquel buen rey que era mi ídolo; flaqueza, por fortuna, que no llegó al efecto, pero que anduvo ya muy cerca. Cárlos IV y la reina no hicieron un misterio á nuestra infanta, la de Etruria, del mensaje que el consejero Izquierdo habia traído. Cierta como lo estaba esta princesa, por tantas cosas que habia visto desde cerca, de que Napoleon no daba un paso atras cuando ya habia lanzado la palabra y descubierto sus deseos, persuadióse de la insistencia porfiada que haria aquel por todos medios en la prosecucion de sus designios sobre nuestras provincias fronterizas, y concibió una idea, disparatada ciertamente y nada agena de ambicion por parte suya, mas presentada de tal modo que ganó á la reina en favor de ella, y con ayuda suya consiguió doblar tambien á Cárlos IV para que la adoptase, si bien con mucha diferencia, como diré despues, en cuanto al modo de llevarla á efecto. Esta idea fué, que en una extremidad, á no poder lograrse que renunciase Bonaparte enteramente á aquellas pretensiones, para evitar mayores males, puesto que habia indicado en las *especies* del mensaje que podria satisfacerse con que entre España y Francia se constituyese una potencia neutra en las provincias trans-Ebrinas, se adoptase este partido menos malo que cualquiera otro, y adquirido el Portugal en recompensa, se fundase en ellas una nueva monarquía, á condicion que el que reinase en ella fuese

un príncipe de España, como su hijo Carlos Luis, ó cualquiera otro infante de Castilla; ó bien que fuese un reino administrado de por tiempo, aparte de la España, por cualquiera de ellos, hasta las paces generales, en calidad de vireinato, bajo las convenciones que se hiciesen para seguridad de España y Francia, salvos siempre los fueros y las inmunidades respectivas de los pueblos que fuesen comprendidos en aquel proyecto. « Por tal modo, decia la infanta, dado que Bonaparte persistiese tenazmente en alejar nuestras fronteras naturales de las suyas, tal vez podria evitarse que usando de la fuerza, y empeñada una guerra desigual para nosotros, se hiciese dueño por las armas de aquella parte de la España, y bien pusiese en ella algun extraño que reinase, ó bien la incorporase á las demas provincias del imperio. Evitado por este medio el desapropio de las provincias fronterizas á beneficio y en aumento de la Francia, podrian despues incorporarse nuevamente á la corona en tiempo mas propicio, ora por transacciones nuevas que se hiciesen cuando todas las cosas se arreglasen para las paces generales, ora en cualquier sazon mas favorable y oportuna que presentasen los sucesos ulteriores, siendo lo menos malo, concluia, cuando estos casos tan posibles no llegasen, que el rey que allí quedase fuese al menos un miembro de la familia real de España con cuya union é intimidad podria con-

»tarse en todo tiempo, y bajo el cual los pueblos
»que compondrian aquel estado conservarian su
»nombre y su carácter de Españoles.»

Basta con lo que he dicho para dar idea del grande compromiso, ó por mejor decir, la dura prueba en que me puso este incidente; porque no enteramente convencido Cárlos IV de la oportunidad, ni de la conveniencia, ni del favor que podria hallar aquel proyecto excogitado por su hija, firme en dar la respuesta que arriba ha sido dicha, deseando quedar libre para adoptar ó no adoptar aquel recurso segun las circunstancias se mostrasen, y no queriendo aventurarse á hacer una propuesta que era lo mas probable fuese desechada con desaire suyo, halló mejor que yo la hiciese, que yo escribiese á Bonaparte mismo en derechura aquella especie como un proyecto mio que hubiese concebido yo á mis solas en fuerza del deseo que me animaba de quitar la entrada á la discordia entre ambos gabinetes, y que diria no haberle consultado todavía ni con el rey ni con persona alguna, pero acerca del cual podria tal vez lograr su real aprobacion, estando pronto á hacer cuanto pudiese por lograrla, si el emperador lo hallase de su agrado. Y heme aquí, entre los grandes compromisos de mi vida, otro que me faltaba; bien grave, bien extraño, mandado por el rey andar un paso, que tal cual lo ordenaba, á darlo sin su órden, hubiera sido un grande crimen de mi parte, y que sin serlo en rea-

lidad, por tal lo habria tenido Bonaparte y me habria sido cerca de él una deshonra.

A esta dificultad, de un grave peso para mí, y á las demas que opuse en cuanto al fondo mismo de la idea, respondiíme el rey con su vehemencia acostumbrada cuando tomaba algun empeño, que mi honor y mi suerte en todas cosas corrian del todo por su cuenta, que la amistad con que me honraba pedía algun sacrificio, que en cuanto á lo demas estaba persuadido de que Napoleon desprezaria la tal propuesta como un proyecto inútil á su intento que era tan solo el de apropiarse las provincias fronterizas, y que la indicacion que yo le habia de hacer, lejos de abrir algun espacio á su esperanza de adquirirlas amigablemente, le haria pensar que era imposible caminar mas adelante, puesto que yo la haria como salida de mí mismo, y sin tener certeza de que su magestad adoptaria mi pensamiento. Fuéme preciso en fin hacer su voluntad, y poner manos á la obra, y escribir á Bonaparte, pudiendo asegurar que jamás, en mi vida, hallé la pluma tan pesada y tan indócil como la llegué á sentir para trazar aquella carta. No tengo copia de ella, cual quisiera para ofrecerla á mis lectores; Carlos IV la habia guardado en su poder como una prueba mas de mi lealtad y del amor que le tenia: debió encontrarse en sus papeles, porque consigo no la trajo. Publicádola habrian mis enemigos si hubiese habido en ella alguna especie aprovechable

en daño mio. Téngola bien presente, y daré al menos en sustancia el contenido de ella, lo mas breve que yo pueda.

Despues de disculparme con el emperador de la licencia que tomaba de cansarle con un escrito mio, hacíale un cuadro fiel de aquella probidad connatural á Cárlos IV que entraba en su carácter como fundamento de todas sus acciones, obra no solamente de un corazon bondoso, sino de su razon y del estudio con que, subido al trono, se propuso cultivar la paz en su reinado, y á este fin adquirir la confianza de los demas monarcas y gobiernos, no haciendo á nadie ofensa, alimentando la amistad de todos ellos por la benevolencia de sus actos, y acreditando en todas partes la seguridad de su palabra y la observancia de sus pactos. Le referia en seguida, con cuanta pena suya se encontró obligado á tomar parte en la primera lucha que la explosion terrible de la república francesa concitó en la Europa, y la satisfaccion y buena voluntad con que aflojando ya las olas de aquella gran tormenta, hizo la paz de Basilea, volvió á estrechar los nudos de amistad y de alianza entre las dos naciones, y habia sabido mantenerlos, dueño siempre de sí mismo; pero accesible y buen amigo; condescendiendo á muchas cosas que eran dables, pero sin renunciar á su sistema de conservar la paz con todos sus amigos, y de evitar la guerra con cualquier potencia que no la hubiese provocado. Seguia despues

diciendo, que á este sistema suyo, tan digno de alabanza, y cuyo grande objeto no era otro que el de preservar sus pueblos de los trastornos y desastres que sufrían al propio tiempo tantos estados de la Europa, se habian debido atribuir, y no á una mala voluntad, aquellas restricciones que habia puesto Cárlos IV á algunas pretensiones de la Francia que le podrian haber sacado de los lindes con que se habia ceñido en su política, prueba de ello la fiel ejecucion, tan espontánea, tan cumplida y tan perfecta, de todos sus empeños con la república francesa, con el gobierno consular, y muchas despues, con el imperio; que en toda esta conducta tan igual que el rey habia observado, no habia tenido otra ambicion que libertar sus pueblos de los males espantosos que afligian la mayor parte de la Europa, y conservar intactos los dominios que le fueron confiados, al subir al trono, por la divina providencia, punto de honor y religion en que cifraba toda su gloria y su ventura, y el anhelo constante de su vida; que el emperador podria juzgar hasta qué punto habria de herir el ánimo del rey cualquiera pretension que destruyese aquel propósito tan noble, tan propio y digno de un monarca, propósito logrado tanto tiempo, y entre tan grandes conmociones de la Europa, tan dichosamente; que en cosa alguna de este mundo podria mostrar mejor su afecto y su amistad á Cárlos IV, que en no poner la de éste en una prueba

tan violenta y dolorosa , cual seria la de pedirle enagenar de su corona y despojar del nombre de Español , ni un solo pueblo que llevase y se preciara de llevar un nombre tan querido ; que me atrevia á esperar de un amigo tan magnánimo , y encima de esto tan sincero como el emperador lo era con mi rey y mi señor , no le expondria á la pena y al disgusto de negarle lo que jamas le seria dable concederle , ni á quebrar una paz que era tan ventajosa á los dos pueblos ; que ansioso yo de prevenir tan deplorable acaecimiento , de tanta trascendencia , tan deseable á la Inglaterra ; mas que fuese faltando á los deberes rigurosos que me imponia el lugar que yo ocupaba entre los consejeros de mi rey , si aun insistia el emperador en exigir mayor seguridad en sus fronteras contra cualquier evento , por mas difícil é improbable que este fuese , de una guerra de agresion por parte nuestra , me atrevia á escribirle y á presentarle una idea mia , que era de conciliar unos extremos tan contrarios , tomando España el Portugal , y estableciendo en las provincias de Navarra y de Vizcaya un vireinato de por tiempo , que fuese independiente y neutro , hasta las paces generales , bajo el mando del ex-rey de Etruria , ó de otro infante de Castilla ; y si esto no bastase , porque el emperador no hallase todavia las garantías que deseaba , estableciendo , en vez de un vireinato , un reino aparte , del todo independiente , pero en cabeza siempre de

alguno de los hijos de su magestad católica, y reversible á la corona por cualquiera de los modos que el derecho hace legítimos, salvos tambien sus fueros, sus privilegios, sus leyes y costumbres, y el nombre de españolas á las provincias que formasen la indicada monarquía; acerca de lo cual (seguia mi escrito), no cierto de inclinar la voluntad del rey, mas no juzgándolo imposible enteramente, hacia al emperador la enunciacion de aquella idea, que en caso de agradarle la propondria yo al rey; propuesta harto pesada y con extremo repugnante que sin duda habria de serle, pero quizas no tanto como cualquiera otra propuesta que le fuese hecha y que jamas concederia, de enagenar enteramente uno ó muchos de sus pueblos, y arrancarles el caro nombre de españoles.

Seguia despues, y concluia, cargando sobre mí todas las quejas que el emperador podria tener del rumbo de política seguido por España desde mi entrada en el poder, y ofreciéndole un partido, que era el de retirarme enteramente y para siempre de la corte si sus desconfianzas se fundaban sobre mi influencia en los negocios, bastándome en tal caso para ser dichoso que el emperador no contristase el ánimo del rey pidiéndole cesiones ó permutas de sus pueblos; lo cual asi, contento de esto solo, sin ninguna ambicion, y en busca de una paz que hacia ya tanto tiempo no gozaba, le pediria un amparo en sus estados de la Francia y de la

Italia, y me daría yo mismo por rehenes de mi rey y de mi patria.

Esta postrera parte costóme un altercado con el rey, que no quería de modo alguno me comprometiese á tal extremo; pero doblé su voluntad con una sola reflexion, en que debia triunfar de la amistad que me tenia, aquella abnegacion de todo afecto humano y de sí propio que reinaba en sus ideas y sus costumbres si se trataba de la paz, del bienestar y de la guarda de sus pueblos. « Si se hiciera forzoso, pregunté á su magestad, tomar resolución entre ceder estas provincias, ó empeñarse en una guerra peligrosa, ó abandonarme á mí y perder tan solo un viejo servidor que ya no vale nada, ¿cuál podria ser el peso que yo debiera hacer en la balanza que V. M. tendria en sus manos?—Haz pues lo que quisieres, respondiome entonces, y sea lo que Dios quiera; mas preparemos la partida á lo interior, y aguardemos prevenidos la respuesta.

«—Santa palabra y salvadora, dije al rey, que me autoriza en fin á disponer y realizar el solo medio que hay posible para poner algun respeto á Bonaparte y deshacer de un solo golpe tantas intrigas y traiciones que se fraguan á ojos vistas en la corte; ¿mas para qué tardarnos y aguardar que venga la respuesta?... ¿y si no viene?... ¿y si la traen las bayonetas y nos ganasen por la mano?

« — ¿Y si nos engañamos, repuso Cárlos IV, y
» por habernos dado mucha priesa, precipitamos los
» sucesos y empeñamos la nacion en una guerra
» destruidora que aun podria evitarse?... »

— « Señor, clamé, va poco menos de dos años
» que esa priesa la estoy dando, y habia ya mucha
» urgencia cuando empezaba á darla; ; con cuánta
» mas razon la debo dar cuando estoy viendo que
» los momentos disponibles que nos quedan, estan
» muy cerca de acabarse ! No debo callar nada en
» circunstancias tan premiosas : no solo es necesario
» poner con tiempo á salvo vuestra real persona y
» su perfecta independenciam contra el emperador de
» los franceses.... se necesita aun mucho mas poner-
» la á salvo de sus enemigos interiores. La nacion
» está engañada, y es menester hablarla, que sepa
» lo que pasa, que reconozca su peligro, que vea
» claro el precipicio á donde la llevan los malvados
» que le pintan la agresion de Bonaparte como el
» advenimiento de un Mesías que viene á restaurar-
» la. A vuestra magestad no le es posible alzar su
» voz augusta, mientras no esté, cual corresponde á
» su seguridad y á su decoro, sostenido por sus tro-
» pas, lejos de los franceses, lejos tambien de esa
» trinchera que ofrece á los malvados la legacion
» francesa, lejos en fin de los que cuentan todavía
» fortalecerse con el sagrado nombre de su alteza el
» príncipe de Asturias. Podrá llegar tal situacion,
» que no haya tiempo, ni poder, ni modo de ras-

»gar ese funesto velo enhechizado que estan ten-
»diendo sobre España: bajo cualquier concepto
»que se mire y contra todo evento, solo el mudar
»la corte y alejarla de este foco que está ardiendo
»bajo tierra, es un gran paso. Mientras tanto, si
»Bonaparte cejare en sus designios y respondiere
»cuerdamente (lo que yo no espero), nuestra par-
»tida inofensiva algunas leguas mas adentro no se-
»ria un motivo para airarle; mas si al contrario
»fuese dura y mala su respuesta (como yo la
»guardo) nos hallaremos prevenidos, sin que nos
»falte el tiempo que podria faltarnos si esperamos
»á la postrer hora en medio de traidores, y cerca-
»dos por los ejércitos franceses. Puestos con tiempo
»en salvo vuestra magestad y vuestra real familia,
»como pudiera hacerse de contado, se miraria muy
»bien Napoleon antes de deshonorarse á vista de la
»Europa acometiendo en plena paz á un aliado, sin
»ningun motivo, ni pretexto, antes de aventurarse
»en una larga guerra de salida incierta que pudie-
»ra reanimar en contra suya los rencores de sus
»grandes enemigos humillados, y antes que ver
»trocarse la alianza y abrirse á los ingleses en Es-
»paña el campo de batalla que no podrian tener
»mientras el fuese moderado y buen amigo con no-
»sotros. Napoleon, señor, intenta someternos por
»el miedo y el engaño, no con armas; no le mos-
»tremos miedo, pongámonos en regla, descompon-
»gamos sus intrigas, y venga la respuesta buena ó

» mala , como quiera. En cuanto á preparar esta
» medida saludable , todo lo tengo ya dispuesto y
» combinado. No falta mas que dar á los que estan
» en el secreto los últimos avisos , y á los que no le
» tienen todavía , despacharles la órden de acudir
» adonde les sea dicho. A las primeras que se dieren
» vuestra magestad podrá contar para su marcha y
» su recibo en lo interior con treinta mil soldados,
» y despues , en pocos dias , con mas de ochenta mil
» de todas armas. Badajoz , Sevilla , y en postrer re-
» curso Cádiz , serán los baluartes de vuestra mages-
» tad y de su real familia : aun si fuera preciso , no
» estan lejos las islas Baleares , donde tenemos diez
» mil hombres , un pueblo fiel á toda prueba , y
» una escuadra allí sujeta para quanto ocurra , á
» mas de la de Cádiz , donde en caso necesario la
» francesa que hay allí podra ser nuestra ; libres
» tambien las demas fuerzas del Ferrol , y la Coru-
» ña , y libre enteramente la marina para mover
» las tropas donde quiera que convenga. El Alente-
» jo y los Algarbes estan prontos á levantarse en ma-
» sa , y á un solo silbo que se diere á la Inglaterra
» nos sobrarán auxilios. Despues está la Europa , á
» quien , no en valde , se podrán contar en libertad
» las tropelías de Bonaparte ; y por cima de todo ,
» está la España , la nacion leal , la nacion pundono-
» rosa de los siglos , que en sabiendo lo que pasa ,
» sabrá alzarse , como siempre , contra el yugo ex-
» traño , contra la amistad falaz de ese aliado en

» quien le hacen creer ahora , y contra la añagaza
» que le ha puesto de las bodas para cogerla entre
» sus redes (1). »

Yo iba á acabar contando al rey los datos que
tenia sobre el camino y el terreno que ganaba por
instantes la faccion traidora , empujada , sostenida
y obcecada cada vez mas por la legacion francesa;

(1) Si alguno pudiera dudar de la realidad de los medios con que me encontraba para salvar al rey y á la familia real , sin que pareciese una fuga , sostenido S. M. por un ejército respetable que en muy pocos dias habria subido por lo menos al número de ochenta mil hombres , le bastará poder saber ó recordar que yo tenia á su entera disposicion , y en perfecta libertad de acudirle al momento , la division del general Solano , que estaba sobre aviso y en franquía para salir , como salió , del Alentejo y los Algarbes ; la division del ejército de Galicia , que el general Carrafa hacia salir de Portugal para España en los mismos dias de la catástrofe de Aranjuez , la caballería y artillería de á caballo que debia completar la division auxiliar del ejército frances al mando de Junot y que en aquella misma actualidad tenia yo aun detenidas en la Extremadura con diferentes pretextos , á pesar de las reiteradas reclamaciones del general frances ; las guarniciones de Madrid y Aranjuez ; los regimientos que estaban acuartelados en las inmediaciones de Madrid ; el destacamento de zapadores que se encontraba en Alcalá ; los regimientos y tropas sueltas que habia disponibles desde Tarragona hasta Murcia , y que el conde de la Conquista debia reunir y acercar á la Mancha para salir al primer aviso ; la division de tropas de línea del campo de San Roque al mando del general Castaños , la cual debia llamarse al momento preciso de la traslacion del

pero el rey me interrumpió, y con un tono de dolor profundo que procuraba reprimir, me dijo: «Nó, no me cuentes lo que yo no ignoro; cuanto tú puedas ver afuera, no llegará á igualar lo que en

rey; los batallones de marina de los departamentos de Cartagena y Cádiz; los artilleros de marina de los mismos departamentos; los tercios españoles de *Tejas* que estaban al mando del brigadier don Pedro Grimarest; todas las guarniciones de las Andalucías, y entre ellas los Suizos de Reding, cuyo comandante, don Teodoro Reding, se distinguió despues juntamente con el general Castaños tan gloriosamente en los campos de Bailen; los cuerpos de milicias provinciales de las Andalucías, de la Extremadura, de Murcia y de la Mancha, de los cuales no estaban todavía incorporadas con el ejército de línea sino algunas compañías de granaderos; las compañías de inválidos hábiles de Valencia, Andalucía y Extremadura, las milicias urbanas y compañías fijas de Cádiz, Puerto de Santa María, Tarifa, Costa de Granada, Cartagena, Badajoz, Alburquerque, Alcántara, Alconchel, Valencia de Alcántara, Ciudad Rodrigo, etc; los escopeteros de Andalucía, y los diferentes trozos del resguardo de las costas. Como dije ya mas arriba, el Alentejo y los Algarbes se hallaban listos para un alzamiento en masa á la primer señal que se les diese, y ningun español podrá dudar de que los habitantes del mediodia de España, que tan grandes y tan gloriosas pruebas dieron de su patriotismo cuando se alzó la España, hubieran peleado con igual vigor, con la familia real en medio de ellos, y con la ciencia cierta de que el emperador de los franceses se aprestaba ó á desmembrar la España, ó á ponerla toda á su servicio. Cárlos IV debia contar del mismo modo, que el norte de la España se las habria del mismo modo